

### **XXX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C** **El que se humilla será enaltecido**

Los textos bíblicos de este domingo nos dan otra lección magistral de Jesús acerca de la oración, como relación viva del hombre con Dios en la verdad. Jesús se dirige hacia Jerusalén e instruye a sus discípulos y al mundo con un mensaje sobre la oración cuya síntesis se encuentra en la sentencia final del evangelio: "todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido" (Lc 18,14b). El dicho aparece otras dos veces en los evangelios (Lc 14,11; Mt 23,12) y con una variante aplicada a los niños en Mt 18,4. La frase se ha convertido en proverbio gracias a su perfecta composición literaria, pues se trata de un paralelismo antitético en forma quiástica, cuyo centro de atención lo ocupan los humildes. Éstos pueden referirse al estado de humillación en que se encuentran muchas personas o a la virtud de la humildad como comportamiento adecuado a la voluntad de Dios en la vida religiosa y social.

Tanto los unos como los otros son escuchados por Dios en la oración para ser rehabilitados por él, que es un Dios justo y en su justicia no es parcial contra el pobre ni contra el humilde. De la oración de los pobres se ocupa el texto del Eclesiástico revelando que las súplicas de los oprimidos y los gritos de los pobres alcanzan a Dios, que no desoye los gritos del huérfano ni de la viuda, mostrando así su justicia (cfr. Eclo 35,15-22).

En el día del Domund la Iglesia toma especial conciencia de su identidad misionera para comunicar al mundo entero, a través de todos sus misioneros y misioneras, que el Dios de la salvación y de la justicia es el Dios que se enfrenta a los malhechores, que está cerca de los atribulados y salva a los abatidos, (Sal 33) y que en Jesús de Nazaret nos ha demostrado su prioridad indiscutible por todo tipo de pobres y humildes de nuestra tierra. Por eso los últimos de nuestra sociedad, los humildes y los humillados, los que se abajan y los abajados, pueden encontrar en él consuelo y esperanza. La invitación del Domund a "ver a Jesús" (Jn 12,21) por parte de la Iglesia y de sus misioneros concentra la atención en la persona del Señor como grano que cae en la tierra y muriendo da fruto abundante. Jesús, humilde y humillado hasta la cruz, hizo visible en la historia la cercanía amorosa y misericordiosa de Dios hacia los pobres. En las vastas zonas de la miseria del globo terráqueo, desde los espacios ocultos de la pobreza del primer mundo y hasta los lugares recónditos del planeta el testimonio misionero permite ver hoy a Jesús en esta tierra.

Más de noventa mil misioneros entregan su vida por causa del Evangelio. Tal vez el mundo no sepa que en 2009 fueron asesinados en el mundo 37 misioneros católicos. De ellos 30 eran sacerdotes, tres religiosas, dos seminaristas y tres evangelizadores laicos de 16 nacionalidades diferentes. Ninguno de ellos dudó un instante en poner en peligro su propia vida en contextos de sufrimiento, pobreza y violencia generalizada. El continente americano es el más peligroso para los misioneros, pues allí fueron asesinados el pasado año 23 misioneros. Entre los seis sacerdotes asesinados en el Brasil, se halla el español Ramiro Ludeña, que

trabajaba desde hace 34 años con los niños de la calle. A todos ellos les aguarda la corona merecida, como a Pablo, pues con él pueden decir "he mantenido la fe" (2 Tim 4,6-8. 16-18). Pero la palabra de Dios no está encadenada y el testimonio misionero sigue adelante en medio de los gritos y súplicas de los más pobres. Hoy es un día de apoyo económico y en la oración a esta gran causa de la Iglesia.

De la oración de los humildes trata la parábola evangélica del fariseo y el publicano, (Lc 18,9-14) que ilustra de modo formidable el aforismo final. Antes de llegar a la conclusión ya se percibe el mensaje de Jesús: el que se humilla será enaltecido. Ante Dios y ante los demás no valen las apariencias, ni las comparaciones con los otros, sino la más profunda verdad de cada uno. La humildad es caminar en la verdad, decía la santa de Ávila. Y ahí es precisamente donde el publicano, a pesar de su mala conducta, como estafador, corrupto o ladrón, se encuentra personalmente pidiendo misericordia y perdón. Por eso su oración le valió la rehabilitación de parte de Dios y también su oración fue escuchada en virtud de su humildad.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura